

estas benditas ánimas ! ; Qué no podrás esperar de ella luego que se vea gozando de la presencia de Dios en el cielo ! Da todos los dias , si puedes , una limosna por las ánimas del purgatorio , y reza una vez cada mes el oficio de difuntos.

SAN JULIAN, OBISPO DE CUENCA.

San Julian , obispo y patron de Cuenca , ornamento de la Iglesia , honor inmortal de España , y gloria de la ciudad de Burgos , nació en ella el año de 1128. Su concepcion tuvo muchas señales de milagrosa , ó por lo menos mas se debió á las oraciones de sus piadosos padres , que á los esfuerzos regulares de la naturaleza. Contaban muchos años de casados sin el consuelo de sucesion ni esperanza de tenerla : acudieron al cielo con fervorosas súplicas , y fueron atendidos sus deseos. Hizose embarazada su madre ; y un sueño que tuvo el padre de Julian por este tiempo , le puso en expectacion , y sin dejar de darle algun cuidado , se ladeaba sin embargo su inclinacion á interpretar como misterio. Representóle una noche la fantasia que ardia en vivas llamas su cuarto , y que , sin reparar en el incendio , iban ocupando todo él aves nocturnas , animales oscuros y feas sabandijas , que con sus ingratos ahullidos y con su tedioso aspecto , eran horror de los ojos y tormento de los oidos. Pero notó que saliendo de su mujer un hermoso cachorrillo , mas blanco que la misma nieve , cambió el voraz incendio del cuarto en un inocente resplandor , con las brillantes y lucidísimas centellas que despedía por los ojos y la boca , al mismo tiempo que con sus apacibles ladridos despejó la pieza de tanto animal inmundado , y hecho esto , se volvió el tierno cachorro á refugiarse en su albergue. Despertó ; comunicó el

sueño á su mujer , y conviniendo ambos en que eran especies demasiadamente arregladas para que las enlazase el casual desórden de la imaginacion , neutrales entre la confianza y el susto , esperaron á que el tiempo aclarase su significado.

Solo tardaron en entenderle lo que tardó el niño en nacer. Luego que vió la luz , levantó el tierno bracito , y echó la bendicion á los circunstantes , como lo hacen los obispos cuando bendicen al pueblo. Al asombro que causó esta maravilla , se siguieron inmediatamente otras dos , que fueron á un mismo tiempo interpretacion del misterioso sueño y explicacion de la primera. El mismo dia en que bautizaron al niño , se oyó en el aire una suavísima música de los ángeles que cantaban este motete : *hoy ha nacido un niño , que en gracia no tiene par* ; y al mismo tiempo que le estaban bautizando , se dejó ver sobre la pila un ángel en figura de un niño hermoso y corpulento , con una mitra en la cabeza y con un báculo pastoral en la mano que decia : *Julian ha de ser su nombre*. Esta continuacion de prodigios , se pudieran llamar , aun mas que vaticinios , historia de lo futuro , ó noticia puntual de lo que Julian habia de ser.

Ahorró á sus devotos padres el cuidado de la educacion , porque desde que fué capaz de ella , mostró que no la habia menester. Prevenido con mucha anticipacion de la divina gracia , comenzó á ser santo antes de ser hombre , y cuando apenas asomaba en su entendimiento el uso de la razon , ya era muy conocido en su inocente alma el uso de la virtud. Niño en los años , y maduro en las costumbres , castigaba en su tierno cuerpo la inocencia , como si tomara venganza de la malicia. Aun no sabia pecar , y ya sabia ayunar , haciéndolo tres dias cada semana , con tanto rigor , como si castigara desórdenes de la gula el que apenas habia aprendido á comer. Desconoció entera-

mente las travesuras de la niñez, y todos sus juegos se reducian á retirarse largos ratos, y rezar con tierna devocion muchas oraciones que tenia señaladas para cada dia.

Correspondieron sus progresos en el estudio de las letras á sus adelantamientos en la ciencia de los santos. Hizose dueño de la latinidad, de las artes liberales y de la sagrada teología, con tanta rapidez y con tanta facilidad, que mereció pasar de discípulo á maestro; enseñando esta última facultad con tanto crédito de su sabiduría, como concepto de su elevada virtud. Murieron sus padres en esta sazón, y dejándole heredero de un honrado patrimonio, no faltaron amigos que le aconsejasen siguiese el ejemplo de los que le habian dado el ser, abrazando el mismo estado, para perpetuar en su descendencia los bienes que poseia. Despreció unos consejos en que tenia mas parte el espíritu del mundo que el espíritu del Evangelio, y resolvió conservar perpetuamente intacta su virginal pureza, para que fuese mas grata al Señor la entrega que ya le habia hecho de todo su corazón.

Con este espíritu de devocion y de recogimiento labró una humilde casita, pegada por una parte al convento de san Agustin, y por otra á una ermita que habia sido habitacion de santo Domingo de Silos, para que una y otra vecindad fomentasen el retiro y fuesen incentivo á su fervor. El ejemplo de los religiosos avivaba en él la devocion; y la memoria del milagroso ermitaño encendia mas y mas en su corazón el amor á la soledad.

No debió de bastar esta señal á los que le importunaban sobre que se casase, para que conociesen que eran muy distintos sus santos pensamientos; y acaso con el fin de que les entrase por los ojos el desengaño, manifestando con las obras que ya habia tomado su partido, recibió las cuatro primeras órdenes;

pero sin querer pasar de ellas hasta haber recogido mas caudal de devocion y de virtud, persuadida su humildad á que todavía le faltaba mucho para el que pedia la sublime dignidad del sacerdocio. Fué en fin promovido á ella, y con la nueva dignidad, si no se vió en Julian otro nuevo hombre, se hizo por lo menos muy perceptible á todos una palpable renovacion de fervor.

Pareciéndole que podia ser tibieza en el sacerdote la que era devocion en el seglar, se entregó total y absolutamente á la oracion, al estudio y al retiro. Celebraba cada dia el santo sacrificio de la misa en el altar de un devoto y milagroso crucifijo, con tanto recogimiento, con tanta compostura, con tanta gravedad y con tanta devocion, que la comunicaba á todos los asistentes; de manera que los que entraban en el templo indevotos, solo con verle celebrar se reconocian compuestos, y salian compungidos. Las dulces lágrimas que se desprendian de sus ojos eran de ternura, sin dejar de ser de devocion; y dándose por entendidos los corazones de los que las observaban, hacian devota compañía las que se derramaban en la iglesia, á las que se vertian en el altar.

Desde él se retiraba á su cuarto: todo el tiempo que no dedicaba á la oracion, le empleaba en el estudio de la sagrada escritura y en la atenta leccion de los santos padres y doctores de la Iglesia, negándose absolutamente á la lectura de autores profanos; persuadido á que esta especie de erudicion, en quien no tiene obligacion de dedicarse á ella ó por instinto ó por ministerio particular, si no desdice de la santidad del sacerdocio, contribuye poco á perfeccionarla, y cuando no disipe el espíritu, á lo menos le deseca. No habia que hablarle de negocios puramente seculares, pues en no perteneciendo directa ó indirectamente á la salvacion de las almas ó al bien espiritual

de sus prójimos, no solo se negaba resueltamente á sus oficios, sino tambien á su noticia. Pronto, expedito, activo y siempre eficaz en los primeros, se hacia del todo sordo á los segundos, siendo de dictámen que el sacerdote debe ser continuamente mediador entre Dios y el pueblo, pero nunca entre el pueblo, el interés, la ambicion, la conveniencia ó la codicia.

Estimulado del celo y de la obligacion en que le empeñaba su estado, cuando se halló con suficiente caudal de doctrina, por no estancar las aguas que tenia recogidas en su cisterna derivadas de la fuente del Salvador, determinó comunicarlas á los pueblos por el ministerio de la predicacion. Dió principio á él, predicando en las aldeas ó poblaciones reducidas de los contornos de Burgos. El fruto correspondió á la solidez de los sermones, á la pureza de la intencion y á la santidad del predicador. Envidiosa con santa emulacion la misma ciudad de Burgos de que los extraños, por decirlo así, se comiesen su sustancia, dió á entender á Julian que pedian la razon, la justicia y la obligacion, que el celo comenzase por los propios; y como en él era encogimiento y desconfianza lo que parecia extrañeza, fácilmente se rindió á los deseos de sus conciudadanos. Comeñzó á predicar en las iglesias de la ciudad, y desde luego se conoció que eran estrecho teatro para los concursos las mas capaces iglesias. El aplauso fué sin igual, pero no fué estéril. Al número de los concursos correspondia el número de las conversiones; y cuando todos salian de sus sermones diciendo que nunca habia hablado así ningun otro hombre, acreditaban sus lágrimas, sus sollozos y la mudanza de las costumbres, la verdad de lo que decian. Sin esta verdadera prueba, los mayores aplausos de los predicadores son estruendo de la lengua, y hojarasca de los oidos, á excusas del buen juicio y sin noticia del corazon. Extendida por toda

la España cristiana la fama del nuevo predicador, fueron muchas las provincias que le desearon, y muchas tambien las que le oyeron, experimentando con la general reforma que la fama era menor que su mérito, y que aquella voz que suele cobrar mas fuerzas cuanto mas camina, con efecto habia llegado algo cansada á sus oidos.

Experimentólo así la santa iglesia de Toledo, y ansiosa de aumentar su esplendor con aquella brillante antorcha, como tambien de disfrutar mas de asiento su doctrina, su apóstolico celo y sus ejemplos, deseó, solicitó y consiguió hacerle prebendado suyo, con la sobresaliente dignidad de arcediano. Fué Julian modelo de arcedianos, como lo habia sido de sacerdotes y de predicadores. El coro, los pobres, la vigilancia sobre las costumbres, la proteccion de las viudas, el amparo de los huérfanos, sus acostumbrados sermones, el estar pronto para servir al prelado siempre que este imploraba las funciones de su ministerio, siendo *el ojo y la mano derecha del obispo*, segun la expresion de los sagrados cánones, estos fueron los continuos ejercicios de nuestro santo arcediano: tan distante de representar la nueva dignidad con diferente aparato, que nunca se consideró mas obligado á dejarse ver en su casa y en el público con mas humildad, con mayor moderacion, ni con mas pobre decencia.

Alfonso VII, rey de Castilla, auxiliado del rey de Aragon, habia conquistado pocos años antes la ciudad de Cuenca, restituyendola á su legitima dominacion, despues de haber sufrido la tiránica de los Sarracenos. Muerto Don Juan Yañez, su primer obispo despues de la conquista, juzgó el rey que no podia presentar para aquella silla hombre mas benemérito que á nuestro arcediano de Toledo. Sobresaltóse extrañamente la modestia de Julian, cuando entendió la resolucion del

monarca; representó, instó, suplicó, lloró, y protestó la falta de virtud, de talentos y de fuerzas; pero le fué preciso obedecer, siendo su misma resistencia el mejor testimonio del acierto y el fiador mas seguro de la eleccion.

Consagrado ya obispo, tuvo poco que hacer para disponer su familia. Reduciase toda ella á un solo criado que le servia de paje, de capellan, de limosnero, de mayordomo y de secretario. Llamábase este Lesmes, hombre en todo tan parecido á su amo, que rindió la vida en servicio de la caridad, y mereció á la iglesia de Burgos, donde recibe culto su cuerpo, las veneraciones de santo. Con esta comitiva se dirigió Julian á su obispado y entró á pié en la ciudad de Cuenca, sin admitir otro recibimiento que el que le hicieron (y él no podia excusar) las ansias de los pobres, las esperanzas de los huérfanos, y los suspiros de los necesitados.

Excedió con muchas ventajas toda su expectacion. Declaró desde luego que no se interesaría ni en un solo maravedí de las rentas de su obispado, y cumplió á la letra lo que declaró. Dedicólas todas, hasta el último cornado, al sustento de los pobres, á la redencion de los cautivos, á dar estado á las huérfanas desamparadas, á satisfacer deudas de los encarcelados, á socorrer hospitales, á erigir y dotar otros nuevos, y á diferentes pias fundaciones, cuya memoria subsiste hoy en aquella ciudad, donde parece que dejó la caridad como en herencia, y la misericordia como fruto del terreno ó como temperamento del clima. Mientras tanto el obispo y su capellan, á imitacion de san Pablo, se sustentaban con el trabajo de sus manos, haciendo cestillas que vendian para alimentarse, y les sobraba mucho del producto, que se agregaba á la gruesa de los pobres, porque para ayunar los dos necesitaban poco dinero. Era mucho el despacho de

estas cestillas, porque en cada una de ellas llevaban los compradores un seguro depósito de milagros, como se experimentó en una furiosa pestilencia que afligió en tiempo del santo obispo á la ciudad, en la cual ningun enfermo las tocó que no hubiese encontrado en ellas la salud: prodigio, que aun despues de muerto el santo, se experimentó por largo tiempo en muchas enfermedades, supliendo las cestillas de san Julian lo que faltaba al acierto de los médicos ó á la eficacia de las medicinas.

No podia olvidarse de las obras de misericordia espirituales el que con tanto esmero se dedicaba al ejercicio de las corporales; y era preciso que en su apostólico celo ocupasen el primer lugar las necesidades del alma, cuando se hacian tanto en su caritativa compasion las diligencias del cuerpo. Estaba aun muy reciente en la diócesis de Cuenca la memoria de los infieles que la habían tiranizado, para que todavía no se conservasen muchas huellas que la mezcla de los moros habia estampado en las costumbres de los cristianos: para borrarlas del todo, visitaba Julian indefectiblemente cada año su obispado, y era cada visita, no como quiera una reforma, sino una visible trasformacion de los pueblos. Persuadido á que arreglado en los eclesiásticos el modelo de la grey, saldría sin defectos la fundicion del rabaño, se dedicaba principalmente á la buena formacion de aquellos: se compadecia de los flacos, abatía el orgullo de los discolos, castigaba á los obstinados y nunca daba cuartel á los escandalosos; pero con todos preferia los suaves medios de la dulzura á las severidades del rigor; y cuando echaba mano de estas, daba bien á entender que la aspereza de la medicina no era desabrimiento del médico, sino maliciosa rebeldía de la enfermedad. Con este método, consiguió en breve tiempo que el clero de la diócesis de Cuenca fuese como un animado

ejemplar á toda la clerecía de España; y para conservar en la suya los frutos de la reforma, ponía el mayor cuidado en no conferir las órdenes á sugeto alguno, cuyas ejemplares costumbres no legitimasen la pureza de la vocacion, y no pronosticasen el desempeño del estado; siendo de parecer, que rara vez se hace un eclesiástico ajustado de un seglar escandaloso.

Además de las exhortaciones públicas que hacia en tiempo de la visita, cuando se retiraba á la capital, predicaba todas las semanas á los muchos infieles que habia aun dentro de ella; y para que se extendiese el mismo beneficio á los muchos mas que estaban esparcidos en todo el obispado, iba de pueblo en pueblo ejercitando el propio ministerio, con lo que hacia innumerables conquistas para Jesucristo, desterrando el alcoran é introduciendo el Evangelio; y al mismo tiempo que alumbraba á la ceguedad de los Moros con las luces de la fe, movia la dureza de los cristianos á la reforma de la vida.

Pero ninguna cosa le ganó mas los corazones de todas sus ovejas, que aquellas entrañas de misericordia con que se deshacia en beneficio de ellas el liberalísimo pastor. Esta inagotable caridad, que fué su verdadero carácter, le mereció innumerables favores del cielo, y fué acreditada con otros tantos prodigios. En cierta ocasion tuvo por convidado en la casa de los pobres al mismo Jesucristo, que le agradeció lo que hacia por ellos, honrándole con el titulo de *buen amigo suyo*, y prometiéndole en premio la eterna bienaventuranza. En otra, vió repentinamente colmada de trigo su panera para socorrer cierta necesidad, siendo asi que reconocida un poco antes se hallaba sin un grano. En otra, se vió entrar por la ciudad una milagrosa recua cargada de granos, sin guia ni conductor, que se dirigió al palacio del obispo,

y dejando caer los costales, desapareció sin poderse averiguar quien la habia conducido. Dió orden el santo á su fiel criado Lesmes que al punto repartiase todo aquel trigo entre los pobres, proporcionando la distribucion á la necesidad de cada uno. Hizolo Lesmes con tanto celo y con tanta actividad, que rindió la vida al exceso del trabajo: mártir de la caridad, que murió de fatiga porque otros no pudiesen.

Claro está que el enemigo de la salvacion no habia de mirar con indiferencia aquel varon de misericordia, cuyas obras eran tan gratas á los ojos del Señor. Armóle todo género de lazos para derribarle. Uno de los muchos días que ayunaba á pan y agua, fué Julian á sentarse á la mesa, cuyo aparato se reducia á una pobre servilleta sobre una tosca tabla. Encontró en ella una hermosa trucha como de tres libras, cuya frescura era capaz de despertar al mas dormido apetito. Sorprendióse el obispo; preguntó á su criado quien la habia puesto allí; respondió con verdad que no lo sabia, y sospechando Julian el artificio del enemigo comun, fué á cogerla para arrojarla en un pozo, y desapareció la trucha, quedando descubierto el lazo.

Estando el santo rezando en otra ocasion con el recogimiento que acostumbraba, entró un hombre en su cuarto cargado con talegos de moneda, y sin mirarle, por no interrumpir su devocion, creyendo que seria el mayordomo, le preguntó: *¿Qué traeis ahí? Señor, el dinero de las rentas*, respondió el hombre aparente. No ignoraba Julian que todas las devengadas estaban ya bien expendidas; pero, persuadiéndose que podia ser alguna de aquellas milagrosas providencias á que estaba tan acostumbrado, iba á tomar el dinero, cuando este y el que le traia se desvanecieron en humo, pero tan pestilencial y hediondo, que por largo rato dejó inficionada la habitacion con un hedor abominable, convirtiéndose en despecho de Satanás el

imaginario triunfo, porque la accion de Julian fué efecto de confianza, impulso de la caridad y desprecio de la codicia.

Tercera vez volvió á la carga el no escarmentado enemigo. Habia rescatado nuestro santo á una doncella noble, natural de la ciudad de Burgos, á quien habian hecho cautiva los Moros de Granada, y puesta ya en libertad, la habia casado con un caballero de iguales circunstancias; pero era ya muerta, sin que Julian lo supiese. Estando un dia en oracion, oyó una voz que le dijo: *Julian, siervo de Dios, ¿ qué es lo que haces? duermes? ¿ no me conoces?* Abrió los ojos, y viendo junto á sí á la que se figuró la doncella rescatada, la preguntó sobresaltado qué se la ofrecia. A que respondió la representada mujer, con halagüeña ternura, que venia á mostrarse agradecida á su caridad, y á corresponder obsequiosa a tanto como le debia, arrimándose mientras tanto hácia Julian, y añadiendo otras palabras de cariño. A este tiempo sintió el santo que con mano invisible lo daban un empellon, y oyó una voz que le decia: *¿ Qué haces Julian? Mira que no es la que piensas, sino el sucio y abominable Satanás que intenta engañarte;* y al punto desapareció el enemigo. Quedó nuestro santo extrañamente confuso, y pareciendo á su delicadeza que habia tenido algun descuido, le lloró amargamente, haciendo penitencia de él toda su vida.

Habiendo sido esta no menos dilatada que llena de virtudes, de ejemplos y de merecimientos, quiso en fin premiárselos el Señor, y para purificarle mas, le envió una enfermedad no menos grave que penosa, la que entendió Julian habia de ser la última. Cuando le pareció tiempo, pidió los santos sacramentos, y para recibirlos con mas devoto aparato se vistió de pontifical; pero despues de recibidos, se despojó de los ornamentos de la dignidad, se vistió un áspero

cilicio, se tendió en el duro suelo, se cubrió de penitente ceniza, no admitiendo otra almohada que la de una dura piedra; y cuando ya habia entrado en la agonía, vió venir hácia sí una hermosísima doncella cuyo ropaje excedia en candor al ampo de la nieve; y el resplandor que despedia de sí, oscurecia los mismos rayos del sol. Traia en la cabeza una guirnalda de rosas; acompañábala una brillante tropa de vírgenes celestiales y todas cantaban con dulcísima armonía aquel verso del Ecclesiástico: *veis aquí al gran Sacerdote que en sus dias agradó al Señor.*

Dióle milagrosas fuerzas la visita celestial; hincóse de rodillas, rindió mil gracias á la Madre de su Dios por aquel inestimable favor, y alargándole una palma la benignísima Señora, le dijo: *Toma, siervo de Dios, esta palma en señal de la virginidad y pureza que siempre has guardado.* Desapareció la vision, y poco despues se fué tambien tras ella la purísima alma de nuestro santo, desprendida de su cuerpo, un domingo 28 de enero del año 1208 á los ochenta de su edad. Al mismo tiempo que espiró, vieron cuantos se hallaron presentes que salió de su boca un hermoso ramo de palma mas blanco que la misma nieve, el que se fué elevando por el aire hasta esconderse en los cielos, los cuales se rasgaron á vista de todos, y se oyó la música de los ángeles.

A una concepcion verdaderamente milagrosa, á un nacimiento acompañado de prodigios, á una vida llena de milagros, y á una muerte tan colmada de portentos, se siguieron tantos despues de ella, que la devocion de los pueblos comenzó á aclamarle santo; instando por que fuese elevado de la tierra, como se hizo pocos años despues, y colocándole sobre el altar de santa Agueda, se le rindió culto, se le celebró fiesta y se le hizo lugar en el calendario. Trescientos y diez años se mantuvo su cuerpo en este altar, hasta que en el

de 1518, siendo pontífice Leon X, y reinando en España Carlos V, fué solemnísimamente trasladado al que hoy ocupa. Cuando se abrió la urna para registrar al santo cuerpo, se halló tan entero, tan sin corrupción, como si espirara en aquel punto; y las vestiduras tan nuevas y tan flamantes como si acabaran de salir de la tienda. Estaba vestido de pontifical: mitra de raso blanco labrada de oro en la cabeza; báculo pastoral, cáliz y vinajeras, todo de plata, sobre el santo cuerpo, y al lado un ramo de palma tan verde y tan frondoso como si le acabaran de cortar. Esta solemne traslación es la que celebra hoy toda la iglesia de España. Y en el día cinco de septiembre solemniza la santa iglesia de Cuenca la fiesta principal de su gran patrono san Julian.

La misa es en honor del santo, y la oracion es la que sigue.

Hunc spiritum charitatis, quo implere dignasti confesso-rem et pontificem tuum beatum Julianum, concedas populo tuo, quæsumus, Domine, ut exempla illius imitando cujus festum celebramus, possimus ad te venire: Per Christum Dominum nostrum, etc.

La epistola es del capítulo 20 de los Hechos apostólicos.

In diebus illis: A Mileto Paulus mittens Ephesum, vocavit majores natu Ecclesiæ. Qui cum venissent ad eum, et simul essent, dixit eis: Attendite vobis, et universo gregi, in quo vos Spiritus Sanctus posuit episcopos regere Eccle-

Suplicámoste, Señor, que excites en tu pueblo aquel espíritu de caridad de que llenaste á tu confesor y pontífice, el bienaventurado Julian, para que caminemos á tí, imitando los ejemplos de aquel, cuya fiesta celebramos: Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

En los dias apostólicos Pablo envió á llamar desde Mileto á los ancianos de la iglesia de Efeso, á quienes luego que se presentaron, estando juntos, les dijo: Cuidad de vosotros, y de toda la grey, en que os puso obispos el Espíritu Santo, para

siam Dei, quam acquisivit sanguine suo. Commendo vos Deo, et verbo gratiæ ipsius, qui potens est ædificare, et dare hereditatem in sanctificatis omnibus. Argentum et aurum, aut vestem nullius concupivi, sicut ipsi scitis: quoniam ad ea quæ mihi opus erant, et his qui mecum sunt, ministraverunt manus istæ. Omnia ostendi vobis, quoniam sic laborantes, oportet suscipere infirmos, ac meminisse verbi Domini Jesu, quoniam ipse dixit: Beatius est magis dare, quam accipere

regir la iglesia de Dios, que adquirió con su sangre Jesucristo. Y os encomiendo á Dios, y á la palabra de su gracia, que es poderosa para edificar y dar herencia en todos los santificados. De ninguno codicié la plata, el oro ó vestido, como sabeis vosotros mismos: porque todo lo necesario para mí y mis compañeros sufragaron estas manos. Todo os lo he manifestado, porque trabajando así conviene recibir á los enfermos, y acordarse de la palabra del Señor Jesus, que dijo: Mucho mas dichoso es dar que recibir.

REFLEXIONES.

Testigos sois del modo con que me porté con vosotros, sirviendo á Dios con toda humildad. Esta fué la virtud de san Pablo, y esta fué tambien por decirlo así la virtud de Cristo: *discite à me, quia mitis sum, et humilis corde.* Es la humildad el cimiento de toda virtud, y el título primordial para tener derecho á la eterna bienaventuranza. Con ella se puede aspirar á su dichosa posesion; y sin ella es vana toda pretension de conseguirla jamás. La soberbia precipitó de la corte celestial á los ángeles rebeldes, y la humildad la volvió á poblar de tantos espíritus verdaderamente humildes. No hay virtud que esté mas á mano para todo. Ninguno hay que no se encuentre á sí mismo muy pequeño, si se mira con ojos sanos. Los empleos, los títulos, el nacimiento, las dignidades en sí mismas tienen algun precio, pero no le comunican: el verdadero mérito siempre ha de ser personal. El hombre mas perfecto es el que tiene menos faltas; el mas